

23 – Consumo

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Lucas 12: 15 = Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.

¡Qué vidas distintas vivirían tantos hombres y mujeres del planeta si pudieran entender la verdad y profundidad de este pasaje dedicado al consumo innecesario! La versión NTV lo expresa así:

Y luego dijo: ¡Tengan cuidado con toda clase de avaricia! La vida no se mide por cuánto tienen. Esta versión es mucho más contundente y concreta. No entender ni aceptar, es caer en necesidad y algo peor como consecuencia.

Hablar del consumo desde un plano espiritual, afirmado en el evangelio del Reino de Dios, no es señalar con el dedo ni condenar prácticas, sino poner luz sobre una realidad que atraviesa la vida cotidiana de cualquier persona. Consumir es inevitable: comemos, usamos, adquirimos, elegimos. El punto no es si consumimos, sino cómo, para qué y desde dónde lo hacemos. Allí aparece la diferencia entre una vida guiada por impulsos y una vida guiada por sentido y guía del Espíritu Santo. El evangelio del Reino de Dios propone una lógica distinta a la dominante. No es religiosa en el sentido institucional ni ideológica en el sentido partidario, pero sí tiene una base clara: la vida tiene un orden, una prioridad, una orientación. Cuando ese orden se invierte, todo se desacomoda. El consumo, entonces, deja de ser una herramienta y

pasa a ser un amo silencioso. La cultura actual empuja a consumir como forma de identidad. "Eres lo que compras", "vales por lo que tienes", "disfruta ahora, después veremos". Estas frases no siempre se dicen explícitamente, pero operan como fondo constante. El resultado es una ansiedad permanente: nunca alcanza, siempre falta algo, siempre hay una versión mejor. Esto no es casual, es un sistema que necesita que el deseo nunca se sate. Frente a esto, el mensaje del Reino propone otra base: la vida no se sostiene en lo que acumulas, sino en lo que eres y en cómo vives. Esto no es poesía, es una afirmación concreta. Cuando una persona pone su seguridad en el consumo, se vuelve dependiente de lo externo. Cuando la pone en una verdad interna, se vuelve libre para usar lo externo sin quedar atrapada. Ahora bien, esto no significa dejar de consumir ni vivir en carencia. Significa ordenar el consumo. Y ordenar implica criterio, conciencia y decisión. No es automático. Requiere práctica. Un primer recurso práctico es la pausa. Antes de consumir algo —sea un objeto, una experiencia o incluso información— conviene detenerse un momento y preguntarse: ¿Esto responde a una necesidad real o a un impulso momentáneo? Parece simple, pero no lo es. La velocidad del mundo actual anula la pausa. Recuperarla es un acto de gobierno personal. Un segundo recurso es la claridad de propósito. Cuando una persona sabe hacia dónde va, consume de manera distinta. No se trata de restringirse, sino de elegir mejor. Por ejemplo, alguien que entiende que su vida apunta al crecimiento integral —emocional, espiritual, intelectual— no consume lo mismo que alguien que solo busca distracción o validación externa. El propósito ordena el consumo sin necesidad de reglas rígidas. Un tercer recurso es el uso consciente del tiempo. El consumo no es solo material. También consumimos contenido, conversaciones, ambientes. Todo eso deja huella. Si una persona se expone constantemente a estímulos que generan comparación, ansiedad o vacío, su interior se contamina. En cambio, si elige con criterio lo que incorpora, fortalece su interior. Esto no es moralismo, es higiene mental y espiritual. El evangelio del Reino plantea que el ser humano tiene un valor intrínseco, independiente de lo que posee. Desde ahí, el consumo deja de ser una búsqueda de identidad y pasa a ser una herramienta funcional. Esto cambia todo. Porque cuando una persona ya no necesita demostrar nada a través de lo que tiene, puede usar las cosas sin quedar atrapada en ellas. Aquí aparece una tensión interesante: el sistema necesita consumidores inconscientes, pero el Reino forma personas conscientes. Y una persona consciente no es fácil de manipular. Sabe lo que quiere, distingue lo que necesita y no compra cualquier relato. **Esto no la vuelve antisistema, la vuelve libre dentro del sistema.**

Otro punto clave es el manejo del deseo. El deseo no es el problema. Es una fuerza vital. El problema es cuando el deseo no tiene dirección. Entonces se dispersa, se vuelve compulsivo y termina generando vacío. El Reino no propone eliminar el deseo, sino encauzarlo. Darle un norte. Cuando el deseo está alineado con un propósito mayor, se vuelve motor. Cuando está suelto, se vuelve cadena. En términos concretos, esto implica revisar hábitos. ¿Cuánto de lo que consumimos realmente suma a nuestra vida? ¿Cuánto responde a una inercia? Cambiar hábitos no es cuestión de fuerza de voluntad solamente. Es cuestión de comprensión. Cuando entiendes por qué algo no te sirve, dejarlo se vuelve más natural. También es importante hablar del dinero, porque es uno de los principales medios de consumo. El dinero no es bueno ni malo en sí mismo. Es un recurso. El problema aparece cuando se convierte en un fin en lugar de un medio. El Reino propone una relación sana con el dinero: usarlo con criterio, administrarlo con responsabilidad y no depender emocionalmente de él. Esto da una estabilidad que no depende de las fluctuaciones externas. La generosidad juega un papel clave en este punto. No como obligación, sino como ejercicio de libertad. Cuando una persona es capaz de dar sin miedo, demuestra que el consumo no la domina. Dar rompe la lógica de acumulación constante y abre una dimensión distinta: la de compartir, construir y contribuir. Otro aspecto fundamental es la identidad. Muchas decisiones de consumo están ligadas a la necesidad de pertenecer o de destacar. Esto es natural, pero puede volverse una trampa. Cuando la identidad está firme, estas necesidades pierden peso. No desaparecen, pero dejan de dirigir la vida. Esto permite consumir con más tranquilidad y menos presión. En la práctica diaria, esto se traduce en decisiones simples: comprar lo necesario sin caer en el exceso, elegir calidad sobre cantidad, priorizar experiencias que construyan en lugar de las que solo distraen, cuidar el entorno en el que uno se mueve. No son grandes discursos, son pequeños actos sostenidos. También es clave aprender a disfrutar sin culpa, pero con conciencia. El Reino no propone una vida gris ni limitada. Propone una vida plena, pero ordenada. Disfrutar de una comida, de un viaje, de un objeto, no está mal. Lo que se cuestiona es la dependencia. Si no puedes disfrutar sin eso, ahí hay un problema. El consumo también tiene una dimensión social. Las decisiones individuales impactan en el entorno. Consumir de manera consciente no solo beneficia a quien lo hace, sino también a la comunidad. Se generan dinámicas más justas, más sostenibles, más humanas. Esto no es una utopía, es una consecuencia directa de decisiones repetidas. En este punto, el evangelio del Reino conecta con algo muy concreto: la responsabilidad personal. No se trata de cambiar el mundo de golpe, sino de gobernar la propia vida. Y desde ahí, influir. Una persona ordenada internamente tiene impacto externo, aunque no lo busque. La palabra "consumo" puede resignificarse. En lugar de ser sinónimo de gasto o acumulación, puede convertirse en un acto consciente de administración. Consumir lo que suma, descartar lo que resta, elegir con criterio. Esto transforma la experiencia cotidiana. Finalmente, hay un principio que resume todo: donde está tu enfoque, está tu vida. Si el enfoque está en lo que falta, el consumo se vuelve desesperado. Si está en lo que ya hay y en lo que se puede construir, el consumo se vuelve estratégico. El Reino invita a cambiar el enfoque. No es un cambio que ocurre de un día para otro. Es un proceso. Pero cada decisión cuenta. Cada pausa, cada elección consciente, cada acto de generosidad, va formando una manera distinta de vivir. Una manera más libre, más estable, más humana. En definitiva, el consumo no desaparece, se transforma. Deja de ser un reflejo automático y pasa a ser una decisión alineada con un propósito mayor. Y en ese proceso, la persona deja de girar alrededor de lo que tiene y empieza a construir desde lo que es. **Aquí aparece una libertad que no depende del mercado, ni de las modas, ni de las circunstancias.** Una libertad que se sostiene desde adentro hacia afuera.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
